

JAIME GUZMAN

¿Otra vez?



Desde la semana pasada, los chilenos pueden distinguirse entre un pequeño grupo que estima haber perdido su ciudadanía por la actual ausencia de registros electorales, y la inmensa mayoría que seguimos sintiéndonos ciudadanos chilenos, ante la evidencia de que éste es un atributo de raíces bastante más profundas que una mera inscripción en un registro electoral.

¿Se habría atrevido alguien a sostener antes de 1973 que, por ejemplo, los miembros del cuadro permanente de las Fuerzas Armadas y de Orden no eran ciudadanos chilenos, por no poder inscribirse en los registros electorales? Pero a veces la pasión supera el sentido del ridículo, y he aquí que un grupo de conspicuos ex-dirigentes políticos nos acaba de decir públicamente que "Chile es una nación sin ciudadanos". Ciertamente no conseguirán que los ciudadanos chilenos dejemos de considerarnos tales. Pero lo que sí corresponde agradecerles es que hayan puesto una nota jocosa que ameniza el debate institucional, a veces árido por su misma naturaleza.

Nadie discute que el plebiscito sobre la nueva Constitución debe asegurar la limpieza del veredicto popular. Pocos concordan en cambio, en que el camino idóneo para ello es la simple restauración de un sistema que se prestó para fraudes electorales masivos y comprobados. Pero ni lo uno ni lo otro es lo fundamental en la declaración que comentamos.

Penetrando en su contenido, se advierte que para sus firmantes lo esencial es "el urgente retorno de Chile a la democracia".

Parece que en su concepto la extraordinaria obra de recuperación económica y progreso social que está transformando a Chile en una nación pujante y del futuro, dentro de un cuadro de paz social, no comprometiese la participación creadora de los chilenos. En tal hipótesis, habría que desprender que dicha tarea se ha realizado sólo a punta de bayonetas y terror. ¿Habría llegado a tanto la ceguera de quienes brindan este verdadero saine? ¿O provendrá éste del dogmatismo que niega la posibilidad de que un pueblo avance sin elecciones políticas, aun cuando su suspensión sea transitoria? La respuesta está en la coalición de los firmantes.

Salvo una que otra nueva adquisición, son los mismos de siempre: los grupúsculos directivos de los ex Partido Demócrata Cristiano e Izquierda Radical que, distanciados desde hace largo tiempo de sus antiguos

adherentes, sólo anhelan restablecer el cuadro institucional previo al 11 de septiembre de 1973, sin ninguna alteración significativa.

Pero la novedad de este año, es que el elenco ha aceptado presentarse junto a destacados dirigentes de la ex Unidad Popular. El nombre de don Eduardo Frei aparece ahora junto al del ex secretario general del proscrito Partido Comunista, señor Carlos Contreras Labarca. Ambos piden el unísono "el urgente retorno a la democracia". ¿Será necesario indagar más para advertir qué tipo de "democracia" es la que quieren "restablecer"? ¿O dar algún argumento adicional para comprobar la victoria marxista que esta confluencia representa?

La memoria se remonta obligadamente a la célebre frase pronunciada por el señor Frei el 27 de Junio de 1947: "Rechazamos la doctrina y la táctica comunista. Pero ante el comunismo, vemos que hay algo peor: el anticomunismo". Al día siguiente, el diario *El Siglo* la recogía entusiasmado a página entera. Casi 20 años después, el señor Frei afrontaba el duro trance de entregar la banda presidencial a un marxista-leninista. Quizás él no percibió la pendiente que se iba produciendo en su partido. Primero, estigmatizar el anticomunismo y admitir la confluencia entre demócratas y comunistas para "objetivos específicos". Luego aceptar que los cristianos usen las "categorías de análisis" del marxismo, sin adherir a su ideario filosófico. Por último, plegarse resueltamente a éste, y a la táctica leninista.

Ciertamente no todos siguieron el proceso hasta el final. Ni siquiera la mayoría. Incluso, la radicalización de aquél llevó a sucesivas escisiones del ex PDC. Sin embargo, la debilidad del primer paso fue suficiente para que en 1970 el programa del señor Tomic se acercara considerablemente al del señor Allende, y para que éste fuera finalmente ungido Presidente de la República por quienes llegaron al Gobierno como alternativa frente al marxismo. No nos interesaría reabrir heridas del pasado, sino fuera porque sus protagonistas están repitiendo sus errores. Como si entretanto, Chile no hubiera vivido —merced a éstos— el peor drama de su historia. Cuando los hombres del pasado nos quieren hacer regresar a él, se fortifica la resolución de un pueblo joven de avanzar creadoramente hacia el porvenir, donde la vitalidad de una nueva democracia se impondrá sobre lastres retrógrados y cuyo desenlace final ya conocimos.

puesto que podría despertar el justificado recelo de los peruanos que son nuestros aliados", según planteó en Buenos Aires el Canciller altioplánico, Raúl Botelho.

En terreno propicio pareció hablar, pues Argentina no ha sido precisamente cauta en sus manifestaciones probolivianas. Fue el único país que envió una representación y una escuadrilla de aviones a la Semana del Mar celebrada en La Paz. Y no fue todo. El Almirante Vaneck, en representación del gobierno trasandino, pronunció un discurso cuyos términos no pudieron menos que lograr una protesta de Chile ante la Casa Rosada y hacer que nuestro gobierno planteara su disconformidad al Vaticano.

Argentina parece olvidar el compromiso de distensión firmado en Montevideo durante el proceso de mediación en marcha, que ellos mismos parecen querer apresurar con el envío de una comisión el último fin de semana, antes de que el propio Vaticano lo solicitara. Le sería difícil, seguramente, volver a crear el clima bélico si los resultados no llegan a ser los que ellos esperan.

Perú, entretanto, se muestra más cauto, pese a que el embajador Guillermo Arbulú sigue "de vacaciones". Todo tiende a indicar que los peruanos no pretenden regularizar la situación con Chile mientras no se sancione a los oficiales acusados de espionaje, cuyo sumario terminó hace 15 días.

En medio de esta difícil convivencia con los vecinos, la política exterior chilena en otros campos, hizo un alto durante la reciente reunión de embajadores realizada en Santiago, Ginebra y la próxima en Oriente. Aunque rutinarios, en estos encuentros se analiza el nuevo estilo, más dinámico que defensivo, y se dieron las pautas para seguir adelante.

En todo caso, tampoco callan las voces disidentes del proceso actual, que argumentan para sus críticas los negativos resultados de la votación de la ONU. No satisfacen las razones del embajador Sergio Diez cuando se refiere a que Chile hoy está copatrocinando más de 30 proposiciones en el organismo, cosa que antes nunca ocurría, y que los derechos humanos es una mala vara para medir la posición internacional de Chile, pues seguirá siendo el arma de siempre para los adversarios.

Insisten los críticos en que pocos son los avances en política exterior. Unos —los opositores al régimen— aluden que ella deriva de la situación interna, mientras los demás se refieren a una mala conducción.

Parecería, en definitiva, que, tal como en el frente interno, el dedo en la llaga lo ponen los que ellos mismos hoy llaman expertos entre comillas.

Blanca Arthur ■